¿Democracia sin liberalismo?

Tiempo de lectura: 10 min.

Marc F. Plattner

La palabra "democracia" tiene una historia larga y compleja. En el siglo XX se había convertido en la forma estándar de describir el tipo de régimen político que prevaleció en los Estados Unidos y entre sus aliados principales en la Primera Guerra Mundial. El objetivo de la participación estadounidense en esa guerra, como el presidente Woodrow Wilson declaró en un discurso ante una sesión conjunta del Congreso el 2 de abril de 1917, era hacer que "el mundo sea seguro para la democracia".

Inmediatamente después de pronunciar esta frase ahora famosa, Wilson agregó que la paz que la guerra tenía como objetivo asegurar "debe plantarse en los fundamentos probados de la libertad política". Wilson presentó los objetivos de la democracia y de la libertad política como completamente armonioso. Esta no había sido la opinión expresada por los fundadores estadounidenses. Los autores de los documentos federalistas enfatizaron los peligros que las mayorías populares representan para los derechos minoritarios e individuales. Según James Madison, las democracias "puras" como las del mundo antiguo "se han encontrado incompatibles con la seguridad personal, o los derechos de la propiedad; y en general han sido tan cortos en sus vidas como violentos en sus muertes". En Federalist 10, Madison presenta el caso de la República Extendida, que tenía la intención de remediar las fallas de las democracias anteriores.

Sin embargo, en el siglo XX, la democracia era un término considerado favorablemente por la mayoría de los estadounidenses, que probablemente habrían compartido la opinión de Wilson de que la democracia es la única forma de gobierno en la que se puede confiar para preservar la libertad. De hecho, la palabra democracia llegó a ser ampliamente entendida como una descripción abreviada de un régimen en el que las personas no solo eligen a sus propios líderes sino que también disfrutan de un amplio grado de libertad individual protegida por el estado de derecho.

A veces, el adjetivo "liberal" se combinó con el sustantivo "democracia" para resaltar la importancia de la libertad individual para la democracia. Hoy, la palabra "liberal" puede tener significados aún más y más variados que la palabra "democracia". En Europa, "liberal" a menudo se aplica a las partes que son amigables con los mercados libres, mientras que en los Estados Unidos generalmente se refiere a aquellos que apoyan un papel más importante para el gobierno. Sin embargo, en la frase "democracia liberal", la palabra liberal no pretende evocar una ideología económica particular sino la noción más amplia de un régimen dedicado a la libertad humana.

A pesar de la estrecha afinidad entre el liberalismo y la democracia, es útil considerar no solo lo que los une sino también lo que los distingue el uno del otro. Porque hay formas en que el liberalismo puede estar en conflicto o al menos en tensión con la democracia. De hecho, diría que la democracia liberal debería considerarse no como un régimen simple o sin mezclar, sino como una forma compuesta que debe esforzarse por armonizar y tejer dos componentes distintivos:

un elemento liberal y una democrática.

El elemento democrático tiene como objetivo garantizar que el poder reside en última instancia con la mayoría de las personas, mientras que el elemento liberal busca garantizar que el gobierno democrático no infringe las libertades individuales de los ciudadanos. La comprensión contemporánea del principio democrático requiere que aquellos que ocupan cargos políticos sean elegidos en elecciones libres y justas con sufragio universal y igual. El principio liberal, por otro lado, requiere que todos los ciudadanos disfruten de las libertades de expresión, asamblea y religión, y que sus derechos estén protegidos por el estado de derecho.

Durante el siglo XX, la compatibilidad del liberalismo y la democracia se dieron por sentado. Además de los vínculos teóricos entre ellos, había sólidas razones empíricas para pensar que la democracia y el liberalismo se unieron. Durante la era de la posguerra, los países que eligieron a sus gobernantes a través de elecciones libres y justas tenían mucho más probabilidades de proteger los derechos individuales de sus ciudadanos que los países con líderes no elegidos. Al mismo tiempo, era prácticamente imposible encontrar países que no pudieron celebrar elecciones democráticas y, sin embargo, eran liberales con respecto a la protección de la libertad individual.

Hoy, sin embargo, creo que es justo decir que la conjunción entre la democracia y la libertad ya no se da por sentado. De hecho, en las últimas décadas ha surgido un animado debate político y académico sobre la relación entre la democracia y el liberalismo. Energizando este debate ha sido el respaldo abierto del primer ministro de Hungría, Viktor Orbán, de lo que él llama "democracia iliberal", lo que afirma que es superior a la democracia liberal.

Pero antes de analizar el debate actual sobre la democracia iliberal, debería agregar un poco más sobre los orígenes históricos muy diferentes de la democracia y del liberalismo. La democracia nació en las ciudades-estado griegas de la antigüedad clásica, especialmente Atenas. En estas políticas, los ciudadanos comunes jugaron un papel mucho más activo en el gobierno de sí mismos que hoy. Sin embargo, la antigua ciudad no era liberal en el sentido de garantizar la libertad individual. A pesar del enorme poder colectivo que ejercieron para gobernar directamente la ciudad, los ciudadanos individuales estaban en "sujeción completa" a la "autoridad de la comunidad". Como el pensador político francés Benjamin Constant concluyó en su famoso ensayo "La libertad de los antiguos en comparación con la de los

modernos" (1819), "los antiguos ... no tenían noción de derechos individuales".

A diferencia de la democracia, el liberalismo es una invención moderna. En esencia, la idea de los derechos individuales introducidos por filósofos del siglo XVII como Thomas Hobbes y John Locke. Estos pensadores enseñaron que todos los seres humanos están igualmente dotados de los derechos naturales, pero esto no significaba que fueran defensores de la democracia. Hobbes era un monarquista. Incluso Locke, el campeón más influyente del liberalismo, al tiempo que respaldaba el derecho de la gente a elegir su forma de gobierno, argumentó que tenían derecho a decidir a favor de una monarquía, una oligarquía u otra forma de gobierno que no fuera democrática.

A lo largo del siglo XIX, los pensadores políticos discutieron tanto las ventajas como las amenazas a la libertad que vendrían de extender la franquicia a la población en general. Se puede decir que el concepto moderno de la democracia liberal es en sí misma una especie de régimen mixto o híbrido que exhibe características tanto democráticas como liberales.

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, la conexión entre el liberalismo y la democracia parecía mucho más destacada que las diferencias que podrían separarlos. Esto reflejaba la constelación de posguerra de los tipos de régimen en el mundo: los países más poderosos y prósperos eran democracias liberales occidentales, cuyas órdenes políticas empeoraban el liberalismo con la democracia. Al mismo tiempo, prácticamente no se pudieron encontrar regímenes que presentaran liberalismo sin democracia ni democracia sin liberalismo. En otras palabras, no hubo casos claros de no democracias liberales o de democracias no liberales.

Sin embargo, el último cuarto del siglo XX fue testigo de una gran expansión en el número de democracias en el mundo, denominada por Samuel Huntington la "tercera ola" de la democratización global. Incluso las sociedades que no estaban enraizadas en la tradición liberal occidental comenzaron a buscar prosperidad para su pueblo adoptando sistemas políticos multipartidistas y celebrando elecciones realmente competitivas. No inesperadamente, muchas de estas nuevas democracias electorales resultaron ser deficientes cuando se miden por los criterios liberales de defender el estado de derecho y proteger las libertades individuales.

Esta nueva situación condujo al uso generalizado de elecciones competitivas por parte de los países no occidentales. Incluso cuando tales regímenes aspiraban a convertirse no solo en democracias, sino también democracias liberales, a menudo no lograban lograr este objetivo más difícil. Observando los datos de Freedom House que confirmaron esta tendencia, el erudito de Stanford, Larry Diamond (mi antiguo coeditor en el Journal of Democracy) introdujo el término "democracia electoral" para clasificar este nuevo conjunto de regímenes que tenían elecciones razonablemente democráticas, pero no podían o no podían asegurar sus altos niveles de libertad. La lección de política que Diamond extrajo de esto fue que los demócratas deberían tratar de apoyar a tales regímenes en sus esfuerzos para progresar más allá de la etapa de la democracia electoral y convertirse en democracias liberales de pleno derecho.

En 1997, el periodista Fareed Zakaria se basó en el análisis de Diamond sobre las diferencias entre la democracia electoral y liberal, pero atrajo una lección diferente. Lo que Diamond había llamado democracia electoral, Zakaria relabeló la "democracia iliberal". Además, sostuvo que la introducción "prematura" de elecciones libres, lejos de ser una cura para las deficiencias de la democracia electoral, era una fuente importante de sus males. Zakaria sostuvo que, en los países que emergen del gobierno dictatorial y no están acostumbrados a los hábitos e instituciones liberales, la rápida adopción de elecciones libres solo acentuaría sus divisiones étnicas, religiosas y otras.

En efecto, Zakaria argumentó una secuencia de las etapas de la democratización que se centraría en sentar los fundamentos del liberalismo antes de que el sistema político se abriera a elecciones competitivas. Hizo hincapié en que las naciones de Europa occidental, especialmente Gran Bretaña, habían seguido primero este camino del liberalismo, con la democracia después de solo más tarde, es decir, habían tratado de asegurar las bases del estado de derecho antes de expandir el sufragio para incluir a la mayoría de sus compatriotas. Zakaria, como Diamond, consideraba la democracia liberal como el punto final apropiado del desarrollo político, pero sugirió que la forma más eficiente de llegar allí no era a través de una política multipartidista desordenada sino a través de la "autocracia liberal" del tipo que había pastoreo el notable aumento económico de lugares como Corea del Sur y Taiwán.

Para Zakaria, la democracia iliberal no era un objetivo político para ser buscado. En cambio, era una insignia de inferioridad, una indicación de que muchas de las

nuevas democracias del mundo no estaban en entregar las bendiciones del liberalismo. No era así como Orbán lo vio. En un discurso de 2014, el primer ministro húngaro transformó la discusión de la democracia iliberal al presentarla como un bien positivo, un sistema político que, según él, estaba en mejor capaz de traer un progreso y prosperidad de un país que las democracias liberales cada vez más cansadas y decadentes de Occidente. Este último, en su nación, sufría los estragos del multiculturalismo, la inmigración sin control y el desmoronamiento de los valores familiares tradicionales. Como resultado, ya no podrían mantenerse al día con los países del mercado emergente como China, Singapur, India, Rusia y Turquía.

Creo que Orbán fue la primera figura política occidental prominente en defender abiertamente el iliberalismo. Al hacerlo, enunció un punto de vista que ganaría cada vez más partidarios entre los populistas en Europa y los Estados Unidos. De hecho, el populismo quizás se entiende mejor como una manifestación de la democracia iliberal. Acepta e incluso exalta los sentimientos de la mayoría al tiempo que muestra poca preocupación por la tendencia de las mayorías populares a sacrificar los intereses de las minorías. El gobierno populista tiende a deslizarse hacia el autoritarismo, aunque puede reclamar una apariencia de legitimidad democrática en la medida en que mantiene la voluntad de someter su continuación en el cargo al veredicto de elecciones libres y justas. Pero como el ejemplo de la Hungría de Orbán, así como el de Turquía bajo receptyip Erdogan, no se puede contar con los líderes populistas para que jueguen por las reglas electorales.

Describiría el populismo como un trastorno democrático que se deriva de una inflación excesiva o hipertrofia del lado democrático de la democracia liberal. Pero también puede haber excesos en el lado liberal de la democracia liberal. Estas son más visibles en las manifestaciones más extremas de la política de identidad, que enfatizan lo que divide a los ciudadanos sobre lo que los une y, por lo tanto, puede impulsar la unidad cívica. Ambas tendencias hacia el exceso están presentes al menos en forma latente en todas las democracias liberales. Afortunadamente, de alguna manera, el populismo y la política de identidad pueden contrarrestarse entre sí. Además, si pueden evitar crecer a proporciones inmanejables, cada una puede contribuir a la salud de la democracia liberal.

Para ser estable y exitosa, la democracia liberal debe buscar un equilibrio apropiado entre sus elementos liberales y democráticos, sin permitir que se hinche en tamaño a expensas del otro. Al enfatizar la importancia vital del equilibrio político y la moderación, estoy siguiendo un camino que ha sido iluminado por el politólogo João

Carlos Espada, uno de los principales campeones de la democracia liberal de Portugal.

Espada es especialmente aficionado a citar la declaración con la que Edmund Burke termina sus reflexiones sobre la revolución en Francia (y que, dos siglos después, el mentor de Espada, Ralf Dahrendorf, solía concluir sus reflexiones de libro de 1990 sobre la revolución en Europa). En este pasaje a menudo citado, Burke se caracteriza a sí mismo como alguien que, "cuando el equipo del recipiente en el que navega puede estar en peligro de extinción por sobrecargarlo a un lado, está deseado de llevar el pequeño peso de sus razones a lo que puede preservar su equilibrio". Lograr un equilibrio razonable entre el lado liberal de la democracia liberal y su lado democrático es una forma de lograr el equipo que nuestras democracias liberales necesitan recuperar.

Julio de 2025

https://www.journalofdemocracy.org/online-exclusive/democracy-without-liberalism/

ver PDF
Copied to clipboard